

de los ojos, en la fiereza del semblante, en el amago de la garra, causaron pavor y aun desmayo al concurso mujeril, que trae en un ánimo cobarde la curiosidad muy animosa.

»También tocó parte de las fiestas á la capilla de Santa Apolonia, donde se expuso el retrato del Santo.

»Viste la fachada de esta capilla un retablo de cinco cuerpos. El nicho principal, consagrado á la Santa, representada por imagen de talla entera, se adornó profusamente: el manto de la Santa era de tela nácar de Milán, resaltado de perlas y diamantes. Sobre un trono de plata matizado de rosas escarchadas y verdes tirsos, florecía la imagen del bienaventurado Toribio, guarnecido el marco de piedras preciosas. En superior orden respaldaba un hermoso sagrario de plata maciza de relieve, coronado de varias formas de ángeles y virtudes, á una divina estatua de la majestad de María con los privilegios de su purísimo.

»La riqueza de estos dos cuerpos salía á recibir al nicho principal de la santa Patrona. El escuadrón triunfante de las once mil vírgenes, capitaneadas de Ursula, con una bandera en la mano, contiene de primorosa media talla el cuarto cuerpo, que se corona en la gloria del Padre Eterno.

»Entre las calles que forman columnas y dividen repisas, se esparce escogida pintura romana con los misterios de la vida y tránsito de la Emperatriz del cielo. Al altar de la capilla mayor de la catedral de Lima donde se colocó el retrato del Santo, ni fingido se le puede añadir adorno más galante que el que ostenta en su propio retablo de plata de martillo, cosa exquisita en los dibujos.

»Los nichos colaterales que asisten al sagrario del Señor en el primer cuerpo, ocupan una imagen de María Santísima con el Niño Dios en los brazos, de talla entera y perfección prodigiosa, dádiva antigua del señor emperador Carlos V, que con otras dos bellísimas finas hechuras de esta divina Señora (que con advocación del Rosario se adora la una en el templo del glorioso Patriarca Santo Domingo, y es toda la veneración y confianza de Lima, y en el monasterio de la Encarnación de monjas Agustinas se venera la tercera, todas de cuerpo entero y admirable escultura), quiso la Majestad Cesárea coronar estos reinos en su nombre conquistados, y á la sombra de María Santísima conservados en su primera fe y lealtad.

»El de la mano izquierda posee un simulacro valiente del amado Discípulo. Rematan tan precioso retablo dos estatuas de San Pe-

dro y San Pablo con las insignias que los distinguen.

»Para las fiestas de que tratamos se grabó al cincel en arco de plata una custodia, y por el ámbito de esta capilla mayor se esparcieron cornucopias también plata con profusa copia de luces. En 50 mesas de plata lucieron 200 velones de á dos libras, que daban luz á 40 muchachos de gloria, vestidos de ricas galas, y á 10 perfumadores.»

A quien desee saber lo muchísimo que aquí y en otras partes de estas descripciones omitimos acerca de la profusión de riquezas de que se hizo gala en las fiestas dichas, recomendamos la obra de Echave y Assu, y en ella verá quien la leyere cuán pocos fuimos, en cuanto con esta materia se roza, en el octavo libro de estos nuestros *Estudios Críticos*.

El Cuzco era un continuo taller de esculturas de santos muy medianos; con estos bultos tan poco recomendables llené los altares de Chile, del bajo Perú y los de las provincias del Río de la Plata. Conviene, sin embargo, no olvidar lo que el reputado artista peruano D. Francisco Laso dice acerca de esto, y es: «Pues bien: los peruanos, con buenos modelos y tanto esculpir y pintar santos, han llegado á hacer en tiempo de los españoles obras bastante regulares. En

el Cuzco se han hecho efigies de cierto mérito. En Huamanga ejecutan con gran facilidad y cierta gracia las estatuas de mármol. Cajamarca, Huarás y otras ciudades del interior se distinguen por sus trabajos en la orfebrería.»

Quito, á su vez, repartía por el alto Perú, por Nueva Granada y también por Chile sus pinturas y esculturas, que pudiéramos llamar de pacotilla, *poco ó nada* superiores á las del Cuzco.

En el decenio de 1779 á 1788 se exportaron sólo por Guayaquil, en lienzos de pinturas, *efigies* y otras manufacturas, 264 cajones, valuados en 50 pesos cada uno. Lo acarreado por el interior á lomo no será fácil averiguarlo.

Don Pedro Francisco Liza * ha cargado bien la mano escribiendo acerca de los artistas ecuatorianos de segundo y tercer orden. Copiaré sin quitar letra lo que se encuentra á la pág. 31 del *Tesoro americano de bellas artes*:

«El sinnúmero de lienzos y esculturas trabajados en Quito durante muchos años han sido transportados y vendidos en las Repúblicas hispano-americanas á precios más ó menos (esto es, mayores ó menores), según su mérito.

» En Chile, en el Perú, en Venezuela, en Méjico, en todas partes se encuentran cuadros quiteños, crucifijos, santos de bulto, etcétera. Entre esos cuadros y esculturas son muchos los malos, de un gusto pésimo, y pocos los que reúnen algún mérito. Esto ha hecho decir á los críticos « que en pintura y escultura la escuela quiteña ha contribuido á estragar el gusto en América ».

» La constante introducción de sus innumerables cuadros debía precisamente influir entre nosotros : la vista cotidiana de ellos debía acabar por hacernos perder todo sentimiento é idea artística, acostumbrado el ojo á mirar toda clase de defectos y ninguna belleza. » Y Barros Arana : « No sólo faltaban en Chile pintores y escultores, ó había algunos que no tenían noción del arte, y que ejecutaban obras verdaderamente ridículas, sino que no existía el menor gusto para apreciar las pocas de algún valor que se habían traído de Europa. Los santos de escultura que se colocaban en las iglesias eran traídos de Quito, y en ellos no se exigía ni la verdad en la expresión, ni la corrección en las formas ; bastaba que estuvieran cubiertos de una capa de pintura vistosa, pulimentada y brillante, para que fueran mirados con arrobamiento. »

Sin negar yo que eran muchos los marmarachos de pintura y escultura que el reino de Quito difundió por casi toda la América española, me acuesto más, en general, á lo que dijo de su patria el célebre P. Velasco que á lo que los Sres. Liza y Barros Arana dicen de la ajena.

Iré entrando ahora en lo que toca á los retablos de más nombre, ya que de ellos no debo hacer caso omiso por ser parte tan principal de la escultura, y porque contiene su descripción multitud de datos, ó no dados acerca de la pintura y escultura, ó solamente indicados para ampliarlos ahora.

Basta ver cuántos hay en las catedrales, conventos y santuarios sitos en poblaciones de alguna importancia para cerciorarse á primera vista que el escoplo y la esgurbia tomaron más parte en ellos que el cepillo y la sierra.

Los mejores son del siglo XVII, generalmente recargados de adornos, como lo pedía el género plateresco, que es el que de ordinario dominó, en columnas salomónicas. Son por lo común de cedro, bien trabajados y majestuosos, sólidos y de agradable aspecto.

El Cuzco, Lima y Quito los tienen abundantes y hermosísimos, dorados los más y pintados los otros.

Repito que voy á poner nada más que lo excelente, y de ello dejaré no poco por falta de datos, pedidos, sí, con empeño, pero hasta ahora no suministrados. Tras esta descripción vendrán las de algunos conventos é iglesias en lo que toca á sus altares y claustros, pues en estos sitios, como en las sacristías, es donde están todos los primores de pinturas y esculturas que no ha sido posible ni conveniente arrancar, como quien dice, de sus sitios, para formar con ellos apiñados haces y presentarlos al lector de un modo compacto é indigesto cuando tan en particular, como hace poco, se trataba de las obras de pintura y escultura. Ya saqué de ellas los bien tallados coros, púlpitos y facistoles, quizá con poco tino; pero me pareció que así resaltaban más estas preciosidades escultóricas, y que, descargadas de ellas las descripciones de las iglesias, se harían menos cansadas.

Ayudará á esto la diversidad de estilos, pues veré de recoger los datos de variados autores: de Calancha, de Cobo, de Salinas y de Meléndez, cronistas todos de mérito y gusto literario.

Mas antes que de ellos tomemos cuanto estrictamente baste para saber y conocer con cuánta verdad dijo el Sr. Lazo: « En

tiempo de los españoles había templos y palacios que adornar...; el Gobierno español siempre protegió las artes, tanto en la metrópoli como en sus colonias. Los conventos eran los *montes de piedad* del artista, etc. », demos unas cuantas plumadas para borrajear siquiera algo acerca de preciosidades sueltas y repartidas por diversas ciudades de uno y otro Perú, Quito y Chile, en esto de retablos.

El pueblo de Juli, fundado á orillas del lago Titicaca por los Padres de la Compañía para que fuera centro donde los misioneros repartidos entre indios pudieran acudir á descansar, curarse y fortalecerse para seguir sus tareas apostólicas, tuvo cuatro soberbios templos, cuyos altares fueron la admiración de cuantos los visitaban, especialmente los de la iglesia de San Pedro.

Los escultores de Juli debían tener alguna celebridad en el país, pues cuando el capitán D. Félix Angulo trató en 1705 de construir un buen altar mayor para la iglesia matriz de Moquegua, á Juli acudió en busca de maestros que lo hicieran. Vinieron dos, ambos indígenas, Juan Huaicán y Marcos Rengifo. Angulo costeó toda la madera necesaria y dió á los dichos por el trabajo 3.250 pesos.

Ocupa la testera de la capilla de Todos los Santos de la catedral de Lima elegante reta-

blo á lo toscano, de tres bien repartidos cuerpos : el primero, entre repetido orden de columnas estriadas, abriga un lienzo de valiente pintura romana y antiguo pincel de ocho varas de largo y cinco de ancho con el triunfo de todos los santos en la gloria.

En el segundo cuerpo hay un Señor crucificado de mucho mérito y grandísima devoción. Remata al tercero una tan hermosa como valiente copia del Salvador.

Acompaña al primer cuerpo, por el lado de la Epístola, una estatua de San Antonio de Padua con el Niño en los brazos ; al segundo, San Nicolás de Tolentino, y al tercero, entre laureles y palmas, la ínclita virgen y mártir Santa Inés.

En igual correspondencia van adornando el lado del Evangelio simulacros enteramente tallados del serafín de Asís (San Francisco), de la esclarecida mártir y discretísima virgen Santa Bárbara, y por remate el honor de los desiertos, San Onofre, todos de cuerpo entero. Los espacios de las paredes colaterales se visten de hermosos lienzos : el de la Epístola usa dos de cinco varas y media de alto cada uno y tres de ancho, y son la Degollación de San Pablo y el martirio de San Lorenzo, y en la coronación, rematando, el apóstol Santiago á caballo, con manto capi-

tular y fulminando el rayo de su acero contra las lunas otomanas.

Al colateral del Evangelio está la Crucifixión de San Pedro y la Excoriación de San Bartolomé, y por coronación una Sagrada Familia, que á precio de muchos ducados se solicitó en Roma, como el resto de valentísimo pincel. Todo ello se recuadra de elegantes molduras, airosos pedestales, perfiladas cejas y pulidos resaltos entre el bruñido esplendor del oro y vivo matiz de flores que los esmalta.

Otro altar que debió ser una verdadera maravilla del arte fué el mayor de la catedral de la Plata ó Chuquisaca, hecho hacia 1676 por cuenta y orden de su arzobispo D. Melchor de Liñán y Cisneros, hijo de Madrid y sobrino del cardenal Jiménez de Cisneros.

Con decir que gastó en dicho altar 70.000 pesos, no es difícil suplir lo que en su alabanza debían decir los libros del Cabildo.

Con menor gasto hizo llevar desde Cochabamba á Arequipa un hermoso altar dorado el Sr. D. Juan Cabero de Toledo, Obispo de esta última ciudad; erogó 30.000 pesos por él, y fué de las cosas que en escultura y dorado se enseñaban en Arequipa como dignas de verse.

La capilla del Arcediano, fundación de D. Juan Velázquez de Ovando, Arcediano en tiempo de Santo Toribio, tiene un retablo dorado de tres cuerpos de tan estimada escultura, que dió por él el fundador 14.000 pesos. En los repartimientos del retablo hay 16 hechuras de santos, todos de talla y cuerpo entero. Preside á todos una imagen de bulto de Nuestra Señora, representándola en el misterio de la Concepción Inmaculada.

De recordación era en la historia de las bellas artes peruanas la rica capilla de la Concepción de Nuestra Señora, en el convento de franciscanos de Lima; de ella y de la Congregación que bajo su advocación y patrocinio se había fundado, dice el P. Cobo: «Entre las cosas memorables de esta ciudad debe ser contada la insigne cofradía de la Concepción, así por el rico adorno de su capilla y altar, en el cual pusieron el año 1625 un magnífico retablo que costó 14.000 pesos, con una bellísima imagen traída de España por pieza rara, como por la obra de tan grande piedad como los cofrades de ella hacen dotar y casar cada año doce doncellas pobres, en lo cual y en los casos ocurrentes expende 8.000 pesos que tiene de renta en cada un año esta Cofradía.»

De la capilla de la Concepción en la me-

tropolitana de Lima, dice Echave y Assu: «Su retablo dorado es de cultísima moderna escultura, con todas las galas en que ostenta sus traviesas ideas el arte. Tres cuerpos le perfeccionan muchas almas.

» Encierra el pedestal, en una copia de la santa Verónica, muchas gracias é indulgencias, que dispensa. En el nicho principal se engasta una imagen de entera talla de la Inmaculada Concepción cercada de rayos de oro. El segundo cuerpo se ilustra con una estatua valiente del santo rey D. Fernando, de entero relieve, con las reales insignias que le coronan rey. Una imagen de Nuestra Señora de los Reyes es la María y joya más preciosa de su real pecho. Pinturas diversas con la expresión de atributos y misterios de la soberana Emperatriz califican los demás repartimientos del retablo. Sobre la coronación de la reja llamó la atención, cuando las fiestas, una valiente tabla de prodigioso pincel de la Adoración de los Reyes sabios, obra antigua de artífice romano. »

Antes de proceder á la larga lista de hermosos lienzos, nuevos retablos y esculturas á que darán ancha cabida las relaciones de santuarios y conventos que al punto inserto, debo de advertir que los fuertes terremotos ocurridos desde 1582 á 1647 modifica-

ron en las reedificaciones no poco de lo dicho, circunstancia que no debe de olvidarse, tanto más cuanto que yo no sigo siempre el orden cronológico en las producciones de las bellas artes.

Haré también observar que las catástrofes dichas eran dolorosa causa de nuevos trabajos pictóricos y escultóricos, ya en el retocado y compostura de lo que los sacudimientos terrestres perdonaban, ya en volver á hacer otra vez lo que había perecido á su violencia (1).

Empezaré, pues, la relación por el templo más antiguo que conozco como digno de que figuren en esta obra los primores que encerraba en pinturas y esculturas; y como no es posible, ya lo dije, separar totalmente en la descripción de las obras maestras de escultura, que al fin y al cabo fueron las religiosas, los lienzos que las adornaban, abriré ahora nueva sección que junte ambas. Quizá repita algo de lo dicho, pero creo será poco.

(1) Hasta el terremoto de 1746 se contaron por grandes los de 1582, 1586, 1606, 1630, 1653, 1673, 1687, 1690, 1699, 1716, 1725, 1732, 1734 y 1743. Los ocho primeros de éstos fueron los mayores.

Escultura y pintura.

«A 25 de Octubre de 1558 empezó á edificarse el templo de los agustinos de la ciudad de Trujillo. Desde la puerta á la capilla mayor es todo de artesones de yeso, labradas molduras, vistosos relieves, y todos los huecos con labores y piñas doradas, y á la esquina de cada cuadrado había un serafín con que la obra se alindaba; la capilla mayor se levantaba sobre el resto y eran los artesones de mayor elegancia, y sustentaban cada viga sobre que cargaba la bóveda dos ángeles del tamaño de un hombre, agobiado el cuerpo como quien sustentaba el peso; aquí era lo dorado más y las piñas de oro mayores; hacían sombra colores jaspeados, con que era el edificio más hermoso del Perú y de los que pudieran contarse por primeros en Europa.

»Eran el coro alto y el bajo de la misma obra; el templo era alto con hermosura, ancho con proporción y largo con majestad. A trechos hacían labor por la pared tarjas de á vara labradas de relieve y esmaltadas de oro, donde estaban las nobles armas y